

La muerta

Guy de Maupassant (1850-1893)

1 ¡La había amado desesperadamente! ¿Por qué se ama? Cuán extraño es ver un solo ser en el mundo, tener un
2 solo pensamiento en el cerebro, un solo deseo en el corazón y un solo nombre en los labios... un nombre que
3 asciende continuamente, como el agua de un manantial, desde las profundidades del alma hasta los labios, un
4 nombre que se repite una y otra vez, que se susurra incesantemente, en todas partes, como una plegaria.

5 Voy a contarles nuestra historia, ya que el amor sólo tiene una, que es siempre la misma. La conocí y viví
6 de su ternura, de sus caricias, de sus palabras, en sus brazos tan absolutamente envuelto, atado y absorbido
7 por todo lo que procedía de ella, que no me importaba ya si era de día o de noche, ni si estaba muerto o vivo,
8 en este nuestro antiguo mundo.

9 Y luego ella murió. ¿Cómo? No lo sé; hace tiempo que no sé nada. Pero una noche llegó a casa muy mo-
10 jada, porque estaba lloviendo intensamente, y al día siguiente tosía, y tosió durante una semana, y tuvo que
11 guardar cama. No recuerdo ahora lo que ocurrió, pero los médicos llegaron, escribieron y se marcharon. Se
12 compraron medicinas, y algunas mujeres se las hicieron beber. Sus manos estaban muy calientes, sus sienas
13 ardían y sus ojos estaban brillantes y tristes. Cuando yo le hablaba me contestaba, pero no recuerdo lo que
14 decíamos. ¡Lo he olvidado todo, todo, todo! Ella murió, y recuerdo perfectamente su leve, débil suspiro. La
15 enfermera dijo: «¡Ah!» ¡y yo comprendí! ¡Y yo comprendí!

16 Me consultaron acerca del entierro pero no recuerdo nada de lo que dijeron, aunque sí recuerdo el ataúd y
17 el sonido del martillo cuando clavaban la tapa, encerrándola a ella dentro. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

18 ¡Ella estaba enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Vinieron algunas personas... mujeres amigas.
19 Me marché de allí corriendo. Corrí y luego anduve a través de las calles, regresé a casa y al día siguiente
20 emprendí un viaje.

*

21 Ayer regresé a París, y cuando vi de nuevo mi habitación –nuestra habitación, nuestra cama, nuestros
22 muebles, todo lo que queda de la vida de un ser humano después de su muerte–, me invadió tal oleada de
23 nostalgia y de pesar, que sentí deseos de abrir la ventana y de arrojarme a la calle. No podía permanecer ya
24 entre aquellas cosas, entre aquellas paredes que la habían encerrado y la habían cobijado, que conservaban
25 un millar de átomos de ella, de su piel y de su aliento, en sus imperceptibles grietas. Cogí mi sombrero para
26 marcharme, y antes de llegar a la puerta pasé junto al gran espejo del vestíbulo, el espejo que ella había colo-
27 cado allí para poder contemplarse todos los días de la cabeza a los pies, en el momento de salir, para ver si lo
28 que llevaba le caía bien, y era lindo, desde sus pequeños zapatos hasta su sombrero.

29 Me detuve delante de aquel espejo en el cual se había contemplado ella tantas veces... tantas veces, tantas
30 veces, que el espejo tendría que haber conservado su imagen. Estaba allí de pie, temblando, con los ojos cla-
31 vados en el cristal –en aquel liso, enorme, vacío cristal– que la había contenido por entero y la había poseído
32 tanto como yo, tanto como mis apasionadas miradas. Sentí como si amara a aquel cristal. Lo toqué; estaba
33 frío. ¡Oh, el recuerdo! ¡Triste espejo, ardiente espejo, horrible espejo, que haces sufrir tales tormentos a los
34 hombres! ¡Dichoso el hombre cuyo corazón olvida todo lo que ha contenido, todo lo que ha pasado delante
35 de él, todo lo que se ha mirado a sí mismo en él o ha sido reflejado en su afecto, en su amor! ¡Cuánto sufro!

36 Me marché sin saberlo, sin desearlo, hacia el cementerio. Encontré su sencilla tumba, una cruz de mármol
37 blanco, con esta breve inscripción:

38 «Amó, fue amada y murió.»

39 ¡Ella está ahí debajo, descompuesta! ¡Qué horrible! Sollocé con la frente apoyada en el suelo, y permanecí
40 allí mucho tiempo, mucho tiempo. Luego vi que estaba oscureciendo, y un extraño y loco deseo, el deseo
41 de un amante desesperado, me invadió. Deseé pasar la noche, la última noche, llorando sobre su tumba. Pero
42 podían verme y echarme del cementerio. ¿Qué hacer? Buscando una solución, me puse en pie y empecé a
43 vagabundear por aquella ciudad de la muerte. Anduve y anduve. Qué pequeña es esta ciudad comparada con
44 la otra, la ciudad en la cual vivimos. Y, sin embargo, no son muchos más numerosos los muertos que los
45 vivos. Nosotros necesitamos grandes casas, anchas calles y mucho espacio para las cuatro generaciones que
46 ven la luz del día al mismo tiempo, beber agua del manantial y vino de las vides, y comer pan de las llanuras.

47 ¡Y para todas estas generaciones de los muertos, para todos los muertos que nos han precedido, aquí no
48 hay apenas nada, apenas nada! La tierra se los lleva, y el olvido los borra. ¡Adiós!

49 Al final del cementerio, me di cuenta repentinamente de que estaba en la parte más antigua, donde los que
50 murieron hace tiempo están mezclados con la tierra, donde las propias cruces están podridas, donde posible-
51 mente enterrarán a los que lleguen mañana. Está llena de rosales que nadie cuida, de altos y oscuros cipreses;

52 un triste y hermoso jardín alimentado con carne humana.

53 Yo estaba solo, completamente solo. De modo que me acurruqué debajo de un árbol y me escondí entre
54 las frondosas y sombrías ramas. Esperé, agarrándome al tronco como un náufrago se agarra a una tabla.

55 Cuando la luz diurna desapareció del todo, abandoné el refugio y eché a andar suavemente, lentamente,
56 silenciosamente, hacia aquel terreno lleno de muertos. Anduve de un lado para otro, pero no conseguí encontrar
57 de nuevo la tumba de mi amada. Avancé con los brazos extendidos, chocando contra las tumbas con mis
58 manos, mis pies, mis rodillas, mi pecho, incluso con mi cabeza, sin conseguir encontrarla. Anduve a tientas
59 como un ciego buscando su camino. Toqué las lápidas, las cruces, las verjas de hierro, las coronas de metal y
60 las coronas de flores marchitas. Leí los nombres con mis dedos pasándolos por encima de las letras. ¡Qué
61 noche! ¡Qué noche! ¡Y no pude encontrarla!

62 No había luna. ¡Qué noche! Estaba asustado, terriblemente asustado, en aquellos angostos senderos entre
63 dos hileras de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Sólo tumbas! A mi derecha, a la izquierda, delante de
64 mí, a mi alrededor, en todas partes había tumbas. Me senté en una de ellas, ya que no podía seguir andando.
65 Mis rodillas empezaron a doblarse. ¡Pude oír los latidos de mi corazón! Y oí algo más. ¿Qué? Un ruido con-
66 fusos, indefinible. ¿Estaba el ruido en mi cabeza, en la impenetrable noche, o debajo de la misteriosa tierra, la
67 tierra sembrada de cadáveres humanos? Miré a mi alrededor, pero no puedo decir cuánto tiempo permanecí
68 allí. Estaba paralizado de terror, helado de espanto, dispuesto a morir.

69 Súbitamente, tuve la impresión de que la losa de mármol sobre la cual estaba sentado se estaba moviendo.
70 Se estaba moviendo, desde luego, como si alguien tratara de levantarla. Di un salto que me llevó hasta una
71 tumba vecina, y vi, sí, vi claramente cómo se levantaba la losa sobre la cual estaba sentado. Luego apareció
72 el muerto, un esqueleto desnudo, empujando la losa desde abajo con su encorvada espalda. Lo vi claramente,
73 a pesar de que la noche estaba oscura. En la cruz pude leer:

74 «Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Amó a su familia, fue bueno y
75 honrado y murió en la gracia de Dios.»

76 El muerto leyó también lo que había escrito en la lápida. Luego cogió una piedra del sendero, una piedra
77 pequeña y puntiaguda, y empezó a rascar las letras con sumo cuidado. Las borró lentamente, y con las cuen-
78 cas de sus ojos contempló el lugar donde habían estado grabadas. A continuación, con la punta del hueso de
79 lo que había sido su dedo índice, escribió en letras luminosas, como las líneas que los chiquillos trazan en las
80 paredes con una piedra de fósforo:

81 «Aquí yace Jacques Olivant, que murió a la edad de cincuenta y un años. Mató a su padre a disgustos,
82 porque deseaba heredar su fortuna; torturó a su esposa, atormentó a sus hijos, engañó a sus vecinos, robó
83 todo lo que pudo y murió en pecado mortal.»

84 Cuando hubo terminado de escribir, el muerto se quedó inmóvil, contemplando su obra. Al mirar a mi
85 alrededor vi que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los muertos habían salido de ellas y que todos
86 habían borrado las líneas que sus parientes habían grabado en las lápidas, sustituyéndolas por la verdad. Y vi
87 que todos habían sido atormentadores de sus vecinos, maliciosos, deshonestos, hipócritas, embusteros, rui-
88 nes, calumniadores, envidiosos; que habían robado, engañado, y habían cometido los peores delitos; aquellos
89 buenos padres, aquellas fieles esposas, aquellos hijos devotos, aquellas hijas castas, aquellos honrados co-
90 merciantes, aquellos hombres y mujeres que fueron llamados irreprochables. Todos ellos estaban escribiendo
91 al mismo tiempo la verdad, la terrible y sagrada verdad, la cual todo el mundo ignoraba, o fingía ignorar,
92 mientras estaban vivos.

93 Pensé que también ella había escrito algo en su tumba. Y ahora, corriendo sin miedo entre los ataúdes
94 medio abiertos, entre los cadáveres y esqueletos, fui hacia ella, convencido de que la encontraría inmediata-
95 mente. La reconocí al instante sin ver su rostro, el cual estaba cubierto por un velo negro; y en la cruz de
96 mármol donde poco antes había leído:

97 «Amó, fue amada y murió.»

98 Ahora leí:

99 «Habiendo salido un día de lluvia para engañar a su amante, pilló una pulmonía y murió.»

100 Parece que me encontraron al romper el día, tendido sobre la tumba, sin conocimiento.

Confesiones de una mujer

Guy de Maupassant (1850-1893)

1 AMIGO mío, me ha pedido usted que le cuente los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy vieja, sin
2 parientes, sin hijos; puedo, pues, libremente confesarme con usted. Prométame sólo que jamás desvelará mi
3 nombre.

4 He sido muy amada, usted lo sabe; y a menudo amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy,
5 cuando ya nada queda. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiera pre-
6 ferido morir a existir sin ternura, sin un pensamiento siempre clavado en mí. Las mujeres pretenden con fre-
7 cuencia no amar sino una sola vez con todo el poder de su corazón; con frecuencia me ocurrió que amaba tan
8 violentamente que me parecía imposible que aquellos éxtasis finalizasen. Y sin embargo se extinguían siem-
9 pre de una forma natural, como un fuego falto de leña.

10 Le contaré hoy la primera de mis aventuras, en la que yo fui muy inocente, aunque determinó las otras. La
11 horrible venganza de ese espantoso farmacéutico de Le Pecq me ha recordado el terrible drama al cual asistí
12 muy a mi pesar.

13 Estaba casada desde hacía un año, con un hombre rico, el conde Hervé de K., un bretón de vieja cepa al
14 cual, por supuesto, no amaba. El amor, el verdadero, necesita, o por lo menos así lo creo, libertad y obstácu-
15 los al mismo tiempo. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un
16 beso legal nunca vale lo que un beso robado.

17 Mi marido era de elevada estatura, elegante y todo un gran señor de aspecto. Pero carecía de inteligencia.
18 Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones cortantes como cuchillos. Se le notaba una mente llena de
19 ideas preconcebidas, infundidas en él por sus padres que a su vez las habían recibido de sus antepasados. No
20 vacilaba jamás, daba sobre todo una opinión inmediata y limitada, sin el menor embarazo y sin comprender
21 que pudieran existir otros modos de ver. Se notaba que aquella cabeza estaba cerrada, que por ella no circu-
22 laban ideas, esas ideas que renuevan y sanean un espíritu como el viento que atraviesa una casa cuyas puertas
23 y ventanas se abren.

24 El castillo donde vivíamos se encontraba en plena región desierta. Era un gran edificio triste, enmarcado
25 por árboles enormes cuyo musgo hacía pensar en las blancas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero
26 bosque, estaba rodeado por un profundo foso de esos que llaman salto de lobo; y al final, del lado del pára-
27 mo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de hierbas flotantes. Entre los dos, a orillas de un
28 arroyo que los unía, mi marido había mandado construir una pequeña choza para tirar sobre los patos salva-
29 jes.

30 Teníamos, amén de nuestros criados normales, un guarda, una especie de bruto adicto a mi marido hasta
31 la muerte, y una doncella, casi una amiga, locamente ligada a mí. Yo la había traído de España cinco años
32 antes. Era una niña abandonada. Se la hubiera tomado por una gitana a causa de su tez morena, de sus ojos
33 oscuros, de sus cabellos profundos como un bosque y siempre encrespados en torno a la frente. Contaba en-
34 tonces dieciséis años, pero aparentaba veinte.

35 Comenzaba el otoño. Cazábamos mucho, unas veces en las propiedades de los vecinos, otras en la nues-
36 tra; y yo me fijé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo se volvían singularmente frecuentes.
37 Después dejó de venir, y no pensé más en él; pero me di cuenta de que mi marido cambiaba de actitud con-
38 migo.

39 Parecía taciturno, preocupado, ya no me abrazaba; y aunque casi no entraba en mi dormitorio, que yo
40 había exigido separado del suyo con el fin de vivir un poco sola, a menudo oía, de noche, unos pasos furtivos
41 que llegaban hasta mi puerta y se alejaban tras unos minutos.

42 Como mi ventana estaba en la planta baja, a menudo creí también oír merodeos en la sombra, en torno al
43 castillo. Se lo dije a mi marido, que me miró fijamente durante unos segundos y después respondió:

44 –No es nada, es el guarda.

45 Ahora bien, una noche, cuando acabábamos de cenar, Hervé, que parecía muy alegre, contra su costum-
46 bre, con una alegría socarrona, me preguntó:

47 –¿Te gustaría pasar tres horas al acecho para matar un zorro que viene por las noches a comerse mis ga-
48 llinas?

49 Me quedé sorprendida; vacilaba; pero como él me examinaba con singular obstinación, acabé respon-
50 diendo:

51 –Claro que sí, querido.

52 Tengo que decirle que yo cazaba como un hombre lobos y jabalíes. Conque era muy natural que me pro-
53 pusiera aquel acecho.

54 Pero mi marido, de repente, adoptó un aire extrañamente nervioso; y durante toda la velada estuvo agita-
55 do, levantándose y volviéndose a sentar febrilmente. Hacía las diez me dijo de pronto:

56 –¿Estás preparada?

57 Me levanté. Y cuando él me trajo mi escopeta, pregunté:

58 –¿Hay que cargar con bala o con posta¹?

59 Pareció sorprendido, y después prosiguió:

60 –¡Oh!, sólo con posta, bastará, puede estar segura.

61 Después, tras unos segundos, agregó con singular tono:

62 –¡Puedes celebrar tu sangre fría!

63 Me eché a reír:

64 –¿Yo? ¿Por qué? ¡Sangre fría para ir a matar un zorro!

65 –Pero, ¿qué ideas tiene usted, amigo mío!

66 Y henos aquí en marcha, sin hacer ruido, a través del parque. Toda la casa dormía. La luna llena parecía
67 teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo tejado de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanquea-
68 ban ostentaban en su cima dos placas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de aquella noche clara y tris-
69 te, dulce y pesada, que parecía muerta. Ni el menor soplo de aire, ni un grito de un sapo, ni un gemido de
70 lechuga; un lúgubre entorpecimiento se había abatido sobre todo.

71 Cuando estuvimos bajo los árboles del parque me asaltó su frescura, y un olor a hojas caídas. Mi marido
72 no decía nada, pero escuchaba, espiaba, parecía olfatear en las sombras, poseído de pies a cabeza por la pa-
73 sión de la caza.

74 Pronto llegamos al borde de los estanques. Su cabellera de juncos permanecía inmóvil, ningún soplo la
75 acariciaba; pero por el agua corrían movimientos apenas sensibles. A veces un punto se agitaba en la superfi-
76 cie, y de allí partían leves círculos, semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

77 Cuando llegamos a la choza donde debíamos escondernos, mi marido me dejó pasar delante, después
78 armó lentamente su escopeta y el chasquido seco de las piezas me produjo un extraño efecto. Me sintió tem-
79 blar y me preguntó:

80 –¿Es, acaso, que ya te basta con esta prueba? Pues márchate.

81 Respondí, muy sorprendida:

82 –Nada de eso, no he venido para regresar. ¿Estás de broma esta noche?

83 Murmuró:

84 –Como quieras.

85 Y permanecimos inmóviles.

86 Al cabo de una media hora, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño,
87 dije, en voz baja:

88 –¿Estás seguro de que pasa por aquí?

89 Hervé tuvo una sacudida, como si lo hubiera mordido, y, con la boca pegada a mi oído:

90 –Estoy seguro, escucha.

91 Y volvió a reinar el silencio.

92 Creo que empezaba a amodorrarse cuando mi marido me apretó el brazo; y su voz silbante, cambiada,
93 pronunció:

94 –¿No lo ves allí abajo, entre los árboles?

95 Por mucho que miraba, yo no distinguía nada. Y lentamente Hervé apuntó, mientras me miraba fijamente
96 a los ojos. Yo misma estaba preparada para disparar, cuando de pronto, a treinta pasos de nosotros, apareció
97 a plena luz un hombre que avanzaba a pasos rápidos, con el cuerpo inclinado, como si viniera huyendo. Me
98 quedé tan estupefacta que lancé un violento grito; pero antes de que pudiera volverme, ante mis ojos pasó
99 una llama, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe una bala.
100 Lancé agudos clamores, espantada, asaltada por la locura; y entonces una mano furiosa, la de Hervé, me asió
101 por la garganta. Fui derribada, y después alzada en sus robustos brazos. Corrió, llevándome en vilo, hacia el
102 cuerpo tendido sobre la hierba, y me arrojó sobre él, violentamente, como si hubiera querido romperme la
103 cabeza. Me sentí perdida; iba a matarme; y ya alzaba sobre mi frente su tacón, cuando a su vez fue sujetado y
104 derribado, sin que yo hubiese entendido aún lo que estaba ocurriendo.

105 Me alcé bruscamente y vi, de rodillas sobre él, a Paquita, mi criada, que, aferrada a él como un gato furio-
106 so, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del rostro.

¹ *Posta*, bala pequeña de plomo.

107 Después, como asaltada bruscamente por otra idea, se levantó y, arrojándose sobre el cadáver, lo estrechó
108 entre sus brazos, besándolo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en
109 ellos un hálito, y la profunda caricia de los amantes.
110 Mi marido, en pie, la miraba. Comprendió y, cayendo a mis pies:
111 –¡Oh! perdón, querida mía; sospeché de ti y he matado al amante de esta muchacha; mi guarda me ha
112 engañado.
113 Yo, por mi parte, miraba los extraños besos de aquel muerto y aquella viviente; y los sollozos de ella, y
114 sus sobresaltos de amor desesperado.
115 Y en ese momento comprendí que le sería infiel a mi marido.

Cantó un gallo

Guy de Maupassant (1850-1893)

I

1 BERTA DE AVANCELLES había desatendido hasta entonces todas las súplicas de su desesperado admirador el barón Joseph de Croissard. Durante el invierno en París, el Barón la había perseguido ardorosamente, y después organizaba diversiones y cacerías en su residencia señorial de Carville, procurando agradar a Berta. El marido, el señor de Avancelles, no veía nada ni entendía nada, como siempre acontece. Según pública opinión, estaba separado de su mujer por impotencia física, motivo suficiente para que la señora lo despreciase. Además, tampoco su figura lo recomendaba: era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de brazos, de piernas, de cuello, de nariz, de todo. Berta, por el contrario, era una arrogante figura, una hermosa mujer, morena y decidida, riendo siempre con risa franca y sonora. Sin preocuparse jamás de la presencia de su marido, quien públicamente la llamaba «señora puches», miraba con cierta expresión complacida y cariñosa los robustos hombros, los bigotes rubios y soberbios de su admirador invariable y tenaz, el barón Joseph Croissard.

2 Sin embargo, Berta no había hecho aún concesión alguna. El Barón se arruinaba por ella, proyectando sin cesar fiestas campestres, cacerías, placeres nuevos, a los cuales invitaba a las más distinguidas personas que veraneaban en aquella comarca.

3 Todos los días los perros aullaban por el bosque, persiguiendo al zorro y al jabalí; cada noche deslumbrantes fuegos artificiales mezclaban sus resplandores fugaces con los de las estrellas, mientras que las ventanas del salón proyectaban sobre los paseos ráfagas de luz cruzadas a cada punto por movibles sombras.

4 Era otoño. Las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el césped como bandada de pajarillos. El aire estaba impregnado con perfumes de tierra húmeda, como el olor de la carne cuando se despoja una mujer, después de una fiesta, de los vestidos que la cubrieron.

II

21 Cierta noche, al principio del verano, la señora de Avancelles había respondido al señor de Croissard, quien la hostigaba con sus ruegos:

22 –Si he de caer, amigo mío, será cuando caigan las hojas de los árboles. Por ahora no tengo tiempo; estoy muy distraída.

23 Él recordó siempre aquella frase burlona y atrevida, y a fuerza de insistir un día tras otro, acortaba las distancias y conquistaba el corazón de la mujer que, sin duda, sólo resistía ya por cierto respeto a las conveniencias mundanas.

24 Se trataba de una gran cacería, y la víspera la señora de Avancelles le había dicho al Barón, riendo:

25 –Si mata usted a un jabalí, me obligo a premiarle.

26 Desde antes de amanecer, el Barón estaba ya en el monte reconociendo todos aquellos lugares en que la fiera podía ocultarse; acompañó a sus monteros, dispuso la trailla², lo organizó todo, preparando su triunfo, y cuando los cuernos de caza dieron aviso para la partida, compareció embutido en un estrecho traje, rojo y oro, irguiéndose con tantas energías como si en aquel instante acabase de abandonar la cama.

27 Salieron los cazadores. El jabalí, perseguido por los perros, corrió a través de las malezas; los caballos galopaban por los angostos senderos del bosque, mientras por los caminos más anchos, algo distantes, rodaban sin ruido los coches del acompañamiento. Berta, maliciosamente, retenía lo más posible al Barón en un paseo interminable, bordeado por doble fila de encinas que lo cubrían formando bóveda. Estremeciéndose de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la conversación burlona de su adorada, y con el otro escuchaba sin cesar el trompeteo de los ojeadores y los ladridos de los perros que se alejaban.

28 –¿Ya no me quiere usted? –decía ella.

29 –¿Cómo puede usted imaginarlo? –contestaba él.

30 –Porque la caza le interesa más que yo –proseguía Berta.

31 –¿No me ha ordenado usted que mate un jabalí? –suspiraba el Barón.

32 –Sí, pero es necesario que lo mate usted estando yo presente –añadió ella con seriedad.

33 Entonces el Barón, estremecido, clavó la espuela y dijo, impacientándose:

34 –Pero, señora, es imposible si no salimos de aquí.

35 –Nada; como dije ha de ser –añadió Berta, riendo–, y si no es como dije..., peor para usted.

² *Trailla*, conjunto de perros unidos con cuerdas o correas.

48 Entonces ella le habló con ternura, apoyando una mano en el brazo del hombre o acariciando, como dis-
49 traída, las crines de su caballo.

III

50 Torcieron a la derecha, por un camino estrecho, y de pronto, para evitar una rama que le impedía el paso, ella
51 se inclinó sobre su acompañante de tal modo que le hizo cosquillas en la cara con su abundante y rizado ca-
52 bello. Entonces él no pudo contenerse y, apoyando en la mejilla de la mujer sus bigotazos rubios, la besó con
53 fiereza. Ella no se rebeló de momento, quedando inmóvil bajo aquella caricia abrasadora; pero al poco rato
54 se sacudió violentamente y, sea por casualidad, sea de intento, sus labios encontraron los del hombre.

55 Luego el caballo de Berta salió al galope y el Barón la siguió; así fueron mucho rato en silencio y sin
56 dirigirse ni una mirada.

57 El tumulto de la cacería estaba ya próximo; la espesura parecía estremecerse, y de pronto, rápido, tron-
58 chando las ramas de los arbustos, ensangrentado, sacudiendo a los perros que lo hacían presa, el jabalí apare-
59 ció.

60 Entonces el Barón, riendo triunfalmente, dijo:

61 –Quien me quiera, que me siga.

62 Y desapareció entre los matorrales como si el bosque se lo hubiera tragado.

63 Cuando Berta llegó, minutos después, a una calva del bosque donde no había malezas ni árboles que pri-
64 varan la vista, el Barón se levantaba del suelo, manchado, con la chaquetilla rota y las manos ensangrenta-
65 das; el jabalí, tendido a sus pies, mostraba en el cuello el cuchillo de caza del Barón, hundido hasta el puño.
66 Regresaron de noche, con antorchas encendidas, en un ambiente suave y melancólico. La luna plateaba los
67 resplandores rojizos de las teas; columnas de humo ennegrecían el azul del cielo. Los perros comían los res-
68 tos del jabalí, saltando y ladrando. Los ojeadores y los monteros hacían ruidosa música, turbando el silencio
69 del bosque, repetida por los ecos ocultos de lejanos valles, despertando a los ciervos y turbando en sus ma-
70 driguerras a los conejos. Las aves nocturnas revoloteaban sorprendidas, y las damas, alteradas por tantas
71 emociones dulces y violentas, apoyándose en el brazo de los caballeros se apartaban por las avenidas areno-
72 sas, antes de que los perros acabaran su festín.

IV

73 Dominada por los entusiasmos y placeres del día, Berta dijo al Barón:

74 –¿Quiere usted que demos un paseo por el parque?

75 Y él, sin responder, tembloroso, emocionado y desfallecido, la siguió.

76 Se besaron bajo las ramas, casi desprovistas de hojas, que dejaban paso a la claridad suave de la luna, y su
77 amor, sus deseos, sus ansias de caricias adquirieron tal vehemencia, que a punto estaban de caer al pie de un
78 árbol. Los cuernos de caza habían enmudecido. Los perros no ladraban ya.

79 –Retirémonos –dijo Berta.

80 Cuando se hallaron frente a la casa, ella murmuró con voz temblorosa:

81 –Amigo mío, estoy fatigada; quiero acostarme.

82 Y mientras él abría los brazos para estrecharla dándole el último beso, ella escapaba murmurando:

83 –No, no...; voy a dormir. ¡Quien me quiera que me siga!

84 Pasada una hora, cuando toda la casa, en silencio, parecía muerta, el Barón salió de su cuarto y se acercó
85 a paso de lobo a la puerta de su amiga. Llamó dulcemente; pero como ella no respondía, se resolvió a entrar.
86 El pestillo no estaba echado. Ella deliraba, de codos en la ventana. Él se arrojó a sus pies, besando el cuerpo
87 de la mujer a través de la bata de noche; Berta callaba, hundiendo sus dedos finos en la cabellera del Barón.
88 Y de pronto, desligándose, como si hubiera tomado una importante resolución, murmuró con expresión atre-
89 vida, pero en voz baja:

90 –Vuelvo en seguida; aguárdeme usted aquí.

91 Entonces, a tientas, confundido, con las manos temblorosas, el Barón se desnudó de prisa y se hundió
92 entre las sábanas; se revolvía y se estiraba con delicia; casi olvidaba sus amores al sentir su cuerpo rendido
93 acariciado por el suave lienzo.

V

94 Ella no volvía; acaso tardaba expresamente para que languidciera su esperanza. El Barón cerraba los ojos,
95 se hundía gozoso en un bienestar exquisito; soñaba dulcemente, aguardando con delicia la cosa deseada. Pero
96 poco a poco se entumecía toda su carne; su pensamiento se oscurecía, incierto, borroso. La fatiga poderosa lo
97 venció al fin; se quedó dormido.

98 Dormía con un sueño pesado; el invencible sueño de los cazadores. Durmió hasta la aurora. De pronto,
99 como había quedado abierta la ventana, resonó en la habitación el canto de un gallo. Bruscamente sorprendi-
100 do por aquel grito penetrante, abrió los ojos el Barón.

101 Sintiendo junto a su cuerpo el de una mujer, hallándose en un lecho que no era el suyo y no recordando

102 nada, sorprendido, preguntó al despertar:
103 –¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?
104 Entonces Berta, que no había dormido en toda la noche, mirando a aquel hombre despeinado, con los ojos
105 enrojecidos y los labios secos, respondió, con la misma implacable altivez que usaba para tratar a su marido:
106 –No es nada. Que ha cantado un gallo. Vuelva usted a dormirse, caballero, y no le importe; ya no tiene
107 usted nada que hacer.

El asesino

Guy de Maupassant (1850-1893)

1 El culpable era defendido por un jovencísimo abogado, un novato que habló así:

2 –Los hechos son innegables, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honesto, un empleado irreprocha-
3 ble, bondadoso y tímido, ha asesinado a su patrón en un arrebatado de cólera que resulta incomprensible. ¿Me
4 permiten ustedes hacer una psicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuar nada, sin excusar nada?
5 Después ustedes juzgarán.

6 Jean-Nicolas Lougère es hijo de personas muy honorables que hicieron de él un hombre simple y respe-
7 tuoso. Este es su crimen: ¡el respeto! Este es un sentimiento, señores, que nosotros hoy ya no conocemos, del
8 que únicamente parece quedar todavía el nombre, y cuya fuerza ha desaparecido. Es necesario entrar en de-
9 terminadas familias antiguas y modestas, para encontrar esta tradición severa, esta devoción a la cosa o al
10 hombre, al sentimiento o a la creencia revestida de un carácter sagrado, esta fe que no soporta ni la duda ni la
11 sonrisa ni el roce de la sospecha.

12 »No se puede ser un hombre honesto, un hombre honesto de verdad, con toda la fuerza que este término
13 implica, si no se es respetuoso. El hombre que respeta con los ojos cerrados, cree. Nosotros, con nuestros
14 ojos muy abiertos sobre el mundo, que vivimos aquí, en este Palacio de Justicia que es la cloaca de la socie-
15 dad, donde vienen a parar todas las infamias, nosotros que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los
16 defensores consagrados de todas las miserias humanas, el sostén, por no decir los defensores de todos los
17 bribones y de todos los desvergonzados, desde los príncipes hasta los vagabundos de los arrabales, nosotros
18 que acogemos con indulgencia, con complacencia, con una benevolencia sonriente a todos los culpables para
19 defenderlos delante de ustedes, nosotros que, si amamos verdaderamente nuestro oficio, armonizamos nues-
20 tra simpatía de abogado con la dimensión del crimen, nosotros ya no podemos tener el alma respetuosa. Ve-
21 mos demasiado este río de corrupción que fluye de los más poderosos a los últimos pordioseros, sabemos
22 muy bien cómo ocurre todo, cómo todo se da, cómo todo se vende. Plazas, funciones, honores, brutalmente a
23 cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de lotes de reparto en las empresas industriales,
24 o simplemente por un beso de mujer. Nuestro deber y nuestra profesión nos fuerzan a no ignorar nada, a
25 desconfiar de todo el mundo, ya que todo el mundo es sospechoso, y quedamos sorprendidos cuando nos
26 encontramos enfrente de un hombre que tiene, como el asesino sentado delante de ustedes, la religión del
27 respeto tan arraigada como para llegar a convertirse en un mártir. Nosotros, señores, hacemos uso del honor
28 igual que del aseo personal, por repugnancia a la bajeza, por un sentimiento de dignidad personal y de orgu-
29 llo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como este hombre. Déjenme contarles
30 su vida.

31 »Fue educado, como se educaba antaño a los niños, dividiendo en dos clases todos los actos humanos: lo
32 que está bien y lo que está mal. Se le enseñó el bien, con una autoridad tan irresistible, que se le hizo distin-
33 guir del mal como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a esa raza de espíritus superiores
34 que, mirando desde lo alto, ven los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde
35 nacen estas distinciones.

36 »Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta e íntegro. Con veintidós años se casó. Se le hizo casar con
37 una prima, educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo cierta suerte inestimable de tener por
38 compañía una honesta mujer virtuosa, es decir, lo que hay de más escaso y respetable en el mundo. Tenía
39 hacia su madre la veneración que rodea a las madres en las familias patriarcales, el culto profundo que se
40 reserva a las divinidades. Trasladó sobre su madre un poco de esta religión, apenas atenuada por las familia-
41 ridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la maldad, en un estado de rectitud obstinada y de
42 tranquila dicha que hizo de él un ser aparte. No engañando a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar
43 a él. Algún tiempo antes de su boda había entrado como contable en la empresa del señor Langlais, asesinado
44 por él hace unos días.

45 »Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano, el señor Perthuis,
46 asociado de su marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de este banco, que Lougère fue
47 un empleado modelo, ejemplo de probidad, de sumisión, de dulzura, de deferencia hacia sus jefes y ejemplo
48 de regularidad.

49 »Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su conducta ejemplar. Estaba acostum-
50 brado a este respeto y a la especie de veneración manifestada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en
51 boca de todos.

52 »Unos días después, ella murió de unas fiebres tifoideas.

53 »Él sintió seguramente un dolor profundo, pero un dolor frío y tranquilo en su corazón metódico. Sólo se

54 vio en su palidez y en la alteración de sus rasgos hasta qué punto había sido herido.
55 »Entonces, señores, ocurrió algo muy natural. Este hombre estaba casado desde hacía diez años. Desde
56 hacía diez años tenía la costumbre de sentir una mujer cerca de él, siempre. Estaba acostumbrado a sus cui-
57 dados, a esta voz familiar cuando uno llega a casa, al adiós de la tarde, a los buenos días de la mañana, a ese
58 suave sonido del vestido, tan del gusto femenino, a esta caricia ora amorosa, ora maternal que alivia la exis-
59 tencia, a esta presencia amada que hace menos lento el transcurrir de las horas. Estaba también acostumbrado
60 a la condescendencia material de la mesa, a todas las atenciones que no se notan y que se vuelven poco a
61 poco indispensables. Ya no podía vivir solo. Entonces, para pasar las interminables tardes, cogió la costum-
62 bre de ir a sentarse una hora o dos a la cervecería vecina. Bebía un bock³ y se quedaba allí, inmóvil, siguien-
63 do con una mirada distraída las bolas de billar corriendo una detrás de la otra bajo el humo de las pipas, es-
64 cuchando, sin pensar en ello, las disputas de los jugadores, las discusiones de los vecinos sobre política y las
65 carcajadas que provocaban a veces una broma pesada al otro extremo de la sala. Acababa a menudo por que-
66 darse dormido de lasitud y aburrimiento. Pero tenía en el fondo de su corazón y de sus entrañas, la necesidad
67 irresistible de un corazón y de un cuerpo de mujer; y sin pensarlo, se fue aproximando, un poco cada tarde, al
68 mostrador donde reinaba la cajera, una rubia pequeña, atraído hacia ella invenciblemente por tratarse de una
69 mujer.
70 »Pronto conversaron, y él cogió la costumbre, muy agradable, de pasar todas las tardes a su lado. Era
71 graciosa y atenta como se tiene que ser en estos amables ambientes, y se divertía renovando su consumición
72 lo más a menudo posible, lo cual beneficiaba al negocio. Pero cada día Lougère se ataba más a esta mujer
73 que no conocía, de la que ignoraba toda su existencia y que quiso únicamente porque no veía otra.
74 »La muchacha, que era astuta, pronto se dio cuenta que podría sacar partido de este ingenuo y buscó cuál
75 sería la mejor forma de explotarlo. Lo más seguro era casarse. A esta conclusión llegó sin remordimiento
76 alguno. Tengo que decirles, señores del jurado, que la conducta de esta chica era de lo más irregular y que la
77 boda, lejos de poner freno a sus extravíos, pareció al contrario hacerla más desvergonzada. Por juego natural
78 de la astucia femenina, pareció cogerle gusto a engañar a este honesto hombre con todos los empleados de su
79 despacho. Digo «con todos». Tenemos cartas, señores. Pronto se convirtió en un escándalo público, que úni-
80 camente el marido, como todo, ignoraba.
81 »Al fin esta desvergonzada, con un interés fácil de concebir, sedujo al hijo del mismísimo patrón, joven
82 de diecinueve años, sobre cuyo espíritu y sentido tuvo pronto ella una influencia deplorable. El señor Lan-
83 glais, que hasta ese momento tenía los ojos cerrados por la bondad, por amistad hacia su empleado, sintió,
84 viendo a su hijo entre las manos, –debería decir entre los brazos de esta peligrosa criatura– una cólera legíti-
85 ma. Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablarle lleno de indignación paternal.
86 »Ya no me queda, señores, más que leerles el relato del crimen, formulado por los labios del mismo mo-
87 ribundo y recogido por la instrucción: “Acababa de saber que mi hijo había donado, la misma víspera, diez
88 mil francos a esta mujer y mi cólera ha sido más fuerte que mi razón. Verdaderamente, nunca he sospechado
89 de la honorabilidad de Lougère, pero ciertas cegueras son más peligrosas que auténticas faltas. Le hice pues
90 llamar a mi lado y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios. Él permanecía de pie delante de
91 mí, azorado, sin comprender. Terminó por pedir explicaciones con cierta vivacidad. Yo rechacé dárselas,
92 afirmando que mis razones eran de naturaleza íntima. Él creyó entonces que yo tenía sospechas de su falta de
93 delicadeza, y, muy pálido, me rogó, me requirió que me explicara. Convencido de esto, se mostró arrogante y
94 se tomó el derecho de levantarme la voz. Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegó a tal grado de
95 exasperación que yo temía que pasara a la acción. Ahora bien, de repente, con una palabra hiriente que me
96 llegó a pleno corazón, le dije toda la verdad a la cara. Se quedó de pie algunos segundos, mirándome con
97 ojos huraños; después le vi coger de su despacho las largas tijeras que utilizo para recortar el margen de al-
98 gunos documentos; a continuación le vi caer sobre mí con el brazo levantado, y sentí entrar algo en mi gar-
99 ganta, encima del pecho, sin sentir ningún dolor”.

100 »He aquí, señores del jurado, el sencillo relato de su muerte. ¿Qué más se puede decir para su defensa? Él
101 ha respetado a su segunda mujer con ceguera porque había respetado a la primera con la razón.
102 Después de una corta deliberación, el acusado fue absuelto.

³ El bock es un tipo de cerveza originaria de la ciudad alemana de Einbeck. Esta cerveza es muy fuerte, con un extracto primitivo por encima de los 14% y de un color oscuro. Se fabrica con una baja fermentación y posee un alto contenido de alcohol. Esta cerveza sólo se produce durante la primavera y el otoño. (Fuente: Wikipedia).